



La filosofía de la educación como actividad reflexiva del docente

DOI: <https://doi.org/10.26852/2357593X.401>

Jesus Miguel Rodríguez Ramírez¹

Resumen

La filosofía de la educación ha sido casi siempre marginada de los ámbitos serios de investigación, menospreciada por filósofos e ignorada por educadores, sin embargo, se plantean las razones por las cuales se piensa que es una herramienta reflexiva, no únicamente para las élites intelectuales sino para el docente que desarrolla su tarea educativa en las aulas de clases. Por tal motivo, se expone lo que es la Filosofía de la Educación, así como sus características y finalidades. Posteriormente, se enfatiza al docente como actor de esta reflexión crítica, no sólo al intelectual. Finalmente, se plantean los fines educativos como un aspecto importante de la filosofía de la educación, que brotan de la esencia de la libertad humana. En este sentido, la educación, como proceso de formación y liberación, puede pensarse como reflexión acerca de la posibilidad que es el hombre en sí mismo.

Palabras Clave: Filosofía de la educación, Reflexión, Docente, Fines educativos, libertad, posibilidad.

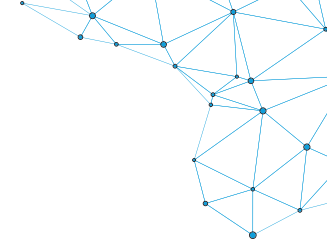
Abstract

The philosophy of education has almost always been marginalized from the serious fields of research, despised by philosophers and ignored by educators, however, the reasons why it is thought to be a reflective tool are raised, not only for intellectual elites but also for the teacher who develops his educational task in the classrooms. For this reason, it is exposed what the Philosophy of Education is, as well as its characteristics and purposes. Subsequently, the teacher is emphasized as an actor of this critical reflection, not only the intellectual. Finally, educational purposes are laid out as an important aspect of the philosophy of education, arising from the essence of human freedom. In this sense, education, as a process of formation and liberation, can be thought of as a reflection on the possibility that is man in himself.

Vol 8. No. 1 • 2020 • ISSN: 2357-593X y 2357-6758 (impresa y digital)

¹Licenciado en Filosofía, Instituto Cultural Leonés, León, Guanajuato, México. Maestro en Educación, Centro de Estudios Pedagógicos José Rubén Romero, León, Guanajuato, México. Maestro en Filosofía, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, México. Docente, Centro de Estudios Pedagógicos José Rubén Romero, León, Guanajuato, México. Docente, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, México. Correo electrónico: rodriguez.jesus@ugto.mx

Citar como: Rodríguez, J. (2020). La filosofía de la educación como actividad reflexiva. *Revista de Desarrollo Profesional*, 8,34-44. <https://doi.org/10.26852/2357593X.401>



Introducción

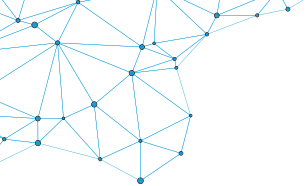
El presente trabajo tiene como finalidad pensar la Filosofía de la educación como una herramienta que posibilita la reflexión del docente a partir de su propia práctica educativa de modo que pueda mejorar sus ambientes de aprendizaje. No obstante, esta propuesta se plantea tomando cuenta el rechazo y desvaloración, no sólo de la filosofía de la educación, sino de la filosofía en general, en tanto disciplina sería que realice aportes a la práctica educativa. Al ser el objetivo pensar, este trabajo tiene un carácter reflexivo y meditativo. No se pretende ofrecer datos acerca de la filosofía de la educación sino pensar el proceso educativo. Sin embargo, se parte desde una convicción personal: la filosofía de la educación es una herramienta de reflexión para el docente que pretende mejorar su práctica educativa. Esta reflexión acerca del proceso educativo se plantea como una continua meditación personal del docente con el fin de mejorar continuamente su propia práctica, que redunde en la mejoría de su propia actividad educativa inmediata.

Al iniciar esta reflexión, no se puede ignorar un aspecto que por evidente resulta ineludible. No es un asunto novedoso que la filosofía ocupe una esfera marginal dentro de los círculos intelectuales y académicos de la actualidad. Cuando no incomoda con su discurso, resulta fuera de lugar o demasiado abstracta para ser tomada en cuenta como un modo serio de pensar. Sobre todo, en un mundo actual que exige presteza en los efectos y reacciones rápidas; un mundo totalmente maquinizado que propende cada vez con mayor agilidad hacia la automatización. El asunto del menosprecio de la filosofía se acentúa con la comparación nada nueva del avance científico que parece avasallar todo tipo de saber. Afirmaba Moore (1999): “Se dijo que los científicos resolvían sus problemas porque éstos eran genuinos y porque tenían métodos eficientes, mientras que los filósofos, enmarañados en asuntos metafísicos, no resolvían los suyos porque no eran tales; eran pseudoproblemas generados comúnmente por el uso inadecuado del lenguaje.” (p.14) Efectivamente, sobre todo en el siglo pasado se asentó la opinión de que la filosofía es mero

discurso vacío, completamente abstracto y ajeno a las verdaderas y auténticas problemáticas del mundo actual, por tanto, es un saber que, si bien es apreciado como baluarte cultural, no puede tomarse en cuenta cuando los problemas más acuciantes de la humanidad urgen ser atendidos y resueltos.

Esta opinión oblitera abiertamente el quehacer filosófico, ya que lo juzga a partir de criterios que no corresponden al quehacer de la filosofía, pues el pensar filosófico no tendrá soluciones inmediatas a los problemas acuciantes. Quien se acerca con esta expectativa a la filosofía quedará rápidamente desilusionado. La filosofía, contrariamente a los criterios de rapidez y eficiencia que exige el mundo actual, resulta ser un modo de pensar que se detiene, que espera, que observa, pero que piensa y reflexiona; dos actitudes que resultan anacrónicas cuando lo que urgen son resultados efectivos.

El ámbito educativo no escapa de esta vertiginosa dinámica, donde el panorama no es diferente. He aquí una apreciación personal a partir de mi labor como maestro: En las clases que comparto con mis alumnos de la Maestría en Modelos Educativos, en el Centro de Estudios Pedagógicos José Rubén Romero, me percaté de que la filosofía les provoca interés; les resulta llamativo el modo en que la filosofía plantea las cuestiones; comentan con entusiasmo lo que la filosofía les hace pensar, pero observo que no logran integrarla a sus prácticas docentes. Quizá porque, convencidos de que la filosofía es una disciplina abstracta, consideran que no tiene nada que ver con la práctica educativa. Otro motivo puede ser que consideran demasiado complicado su abordaje como para tomarlo en serio. Incluso, puede ser que piensen que no es momento de detenerse a pensar, sino de actuar. Es valorado el docente activo, original y propositivo, contra el docente callado, ceremonioso y meditativo. Por otra parte, en el ámbito filosófico en el que me desenvuelvo, estudiando el doctorado en Filosofía en la Universidad de Guanajuato, la filosofía de la educación ocupa un lugar marginal dentro de los estudios filosóficos que se consideran importantes y relevantes. Esta percepción personal no es



aislada. Ciertamente “la Filosofía de la Educación no siempre es valorada adecuadamente por parte de los filósofos: algunos la consideran una filosofía ‘de segunda clase’, porque se trata de una de las ramas de la Filosofía que toma otra actividad humana como objeto de estudio. En otras ocasiones, el menosprecio hacia la Filosofía de la Educación tiene su origen en los prejuicios de los propios educadores, que la consideran un saber bello pero inútil, incapaz de orientar efectivamente la educación que es, ante todo, una tarea práctica.” (Amilburu, 2015, p. 3). De este modo, pocos son aquellos que ven en la filosofía un asunto serio que puede ayudar a reflexionar sobre los problemas auténticos de la educación. Ante este panorama surge la pregunta: ¿Qué puede aportar a la práctica educativa la filosofía de la educación? Lo que aporte la filosofía a la educación deberá ser tomado en cuenta desde su propia caracterización.

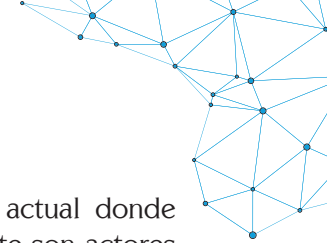
¿Qué es la Filosofía de la Educación?

Lo que significa e implica la filosofía de la educación, no siempre ha quedado claro. “En el ámbito de lengua española se llamó inicialmente ‘Pedagogía’ a la rama del saber que tenía como objeto específico describir y dar razón de la actividad educativa, y señalar el modo de llevarla a cabo.” (Medina, 2001, p. 309). La pedagogía sigue siendo un ámbito importante dentro del quehacer educativo, pero se distingue de la Filosofía de la Educación. Puede decirse que la pedagogía es la parte teórica de la educación en contraste con la parte práctica, tradicionalmente llamada didáctica. La pedagogía teoriza los elementos educativos, mientras que la didáctica orienta sobre la aplicación en las aulas de aquellas teorías y recomendaciones brindadas por la pedagogía. Por otra parte, la filosofía de la educación no constituye por completo la teoría educativa. En este sentido, “la Teoría de la Educación buscaba configurarse como un saber de carácter más descriptivo y demostrativo, mientras que la Filosofía de la Educación adoptaba una intención normativa. La primera asumió el estudio de la educación desde un punto de vista predominantemente fáctico, mientras que la segunda lo hacía desde un enfoque interpretativo. La Teoría de la Educación estaría orientada por tanto hacia

el análisis de temas inmediatos o circunstanciales, mientras que la Filosofía de la Educación busca fundamentar reflexivamente la acción educativa.” (Amilburu, 2015, p. 6). Por tanto, la filosofía intenta pensar el fenómeno o el hecho educativo desde un punto de vista fundamentador y no prescriptivo, de este modo, la filosofía de la educación ostenta un carácter eminentemente reflexivo cuyo objeto es “comprender qué es la educación en toda su radicalidad y los seres humanos en cuanto educables, con el fin de mejorar la práctica educativa.” (Amilburu, 2005, p. 7) Comprender lo que es el acto educativo es remitir a su esencia, y la búsqueda de la esencia implica la búsqueda de fundamentos, por lo que la filosofía de la educación pretende, mediante la reflexión racional, indagar el fundamento, origen y esencia de la educación. Concretamente, la Filosofía de la educación se propone pensar por el sentido de la educación, por tal motivo Amilburu (2015) considera que “en concreto, una de las cuestiones filosóficas fundamentales que han de abordarse al tratar el tema de la educación consiste en clarificar qué se entiende por un ser humano educado; porque el ideal de humanidad que se asume es el motor que pone en marcha todo el proceso educativo.” (p. 7) Por tanto, la filosofía de la educación tratará de entender las motivaciones antropológicas que están fundamentan cualquier modelo o propuesta educativa. Dicho de otro modo, entender la noción de hombre que yace debajo de las propuestas educativas.

Efectivamente, de acuerdo con Amilburu (2015) la filosofía de la educación busca “llevar a cabo una reflexión crítica y sistemática sobre la educación de la que se puedan extraer conclusiones que permitan entender y afrontar mejor los problemas de la práctica educativa.” (Pp. 5-4). En este sentido, la filosofía de la educación, como una reflexión sobre el quehacer educativo, plantea problemas y vislumbra posibilidades de mejora, por tanto, puede decirse que la educación que se lleva a cabo hoy es la educación que se meditó y reflexionó cítrica y sistemáticamente en el pasado, pero es precisamente necesario detenerse continuamente a reflexionar sobre las propias prácticas para entenderse como docente y entender la propia labor desde perspectivas cada vez nuevas y enriquecedoras.

En este sentido, “La Filosofía -también la Filoso-



fía de la Educación- no es un tipo de saber útil en el sentido en que pueden serlo las matemáticas o la ingeniería; pero es de gran utilidad, porque cumple una función esencial a la hora de iluminar la acción humana, que por tratarse de la actividad de un ser racional debería estar orientada por el conocimiento. Por esa razón su cultivo adquiere una gran importancia para los educadores.” (Amilburu, 2015, p. 7) Al no ser un saber útil, parece tener la razón indicada para desecharlo inmediatamente, sin embargo, la utilidad no es el criterio último que legitima los saberes. A pesar de que no sea un modo de pensar con una utilidad inmediata, resulta útil para iluminar, con su modo reflexivo y detenido, frente a los procesos educativos que pretenden imponer la utilidad y la vertiginosa acción como criterio último de los métodos educativos. Aunque no resulte útil, en el sentido de dar consejos para la resolución inmediata de los problemas acuciantes de la educación, resulta de utilidad en el sentido en el que piensa el proceso educativo desde su fundamento. Y esta reflexión puede orientar el quehacer de los docentes que se enfrentan a sus problemas diarios en el aula. El docente debe plantearse continuamente la pregunta: ¿Por qué educar? ¿Para qué educar en una sociedad donde la educación pierde cada vez más valor? ¿Qué significa educar? ¿Qué trascendencia tiene el docente como educador en la época que me corresponde ser docente? Con el paso del tiempo, el docente, inmerso en el torbellino de la vida diaria, del vertiginoso trajín de su trabajo diario, pierde el sentido de su propia profesión y, más dramáticamente, de su ser docente como vocación.

Desde otra consideración, Fullat considera que las tareas de la Filosofía de la educación son cuatro: 1.- Analizar el lenguaje Educativo, 2.- Indicar el sentido general del proceso educador, 3.- Mostrar la estructura educable del hombre, 4.- Explicar, a través de las teleologías, las diversas pedagogías. (Tünnermann, 2008, p.33) La filosofía, según Fullat, se encarga de reflexionar racionalmente sobre el lenguaje utilizado en educación para distinguir lo mejor posible los sentidos en los que se utilizan términos tales como: educar, instruir, formar, docente, dicente, formando, alumno, estudiante, etc. Al indagar sobre el sentido general del proceso educativo, se busca su fundamento, el por qué y para qué educar. Este aspecto resulta especial-

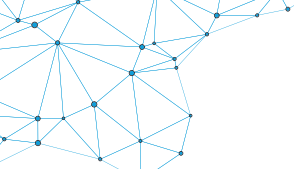
mente importante en un contexto actual donde se piensa que la escuela y el docente son actores anacrónicos del proceso educativo y se propende cada vez con mayor fuerza a una educación completamente virtual y autogestiva. ¿Pueden desplazarse estas figuras en un contexto que tiende cada vez más a la educación virtual y autogestiva? La filosofía de la educación indagará, también, la estructura educativa del hombre en el sentido de manifestar la posibilidad de la educación, es decir, cómo es posible que el hombre sea de naturaleza educable y qué significa ser educable. Finalmente, la filosofía de la educación se plantea los fines educativos, que serán diversos en el sentido en que detrás de cada propuesta educativa hay una idea de hombre que un modelo educativo concreto pretenderá desarrollar; pues, efectivamente, “La pregunta por la educación remite a la interrogación acerca del hombre.” (Fullat, 2000, p. 112). La idea que se refuerza una y otra vez es que la educación es un proceso eminentemente humano, por lo que pensar la educación es pensar al hombre. En este sentido Tünnermann (2008) reitera “Toda práctica o praxis educativa, toda pedagogía remite a una concepción de ser humano explícita o implícita, que le es inmanente, la inspira o regula.” (p.32). Pero la filosofía de la educación no solo remite al hombre, al ser humano, sino que es una actividad eminentemente humana, por tanto, al reflexionar sobre la educación nos humaniza.

En sintonía con Fullat, Amilburu (2015) plantea:

Como ya se ha mencionado, la Filosofía de la Educación, no busca directamente generar nuevos conocimientos pedagógicos, sino permitir una comprensión más profunda de aquello con lo que el educador está ya familiarizado; y ayudar a conocer las discusiones y los problemas que tuvieron lugar en el pasado, y el modo en que fueron afrontados -y tal vez solucionados racionalmente (Smeyers, 2010).

En concreto, hay tres campos de la Filosofía de la Educación que pueden proporcionar una ayuda inestimable a los educadores:

a. El recurso al Análisis lógico del lenguaje, orientado a la clarificación de los términos y teorías pedagógicas que se emplean en el lenguaje ordinario y el discurso académico sobre la educación.



b. El modo de argumentación propio de la Filosofía práctica, que proporciona un contrapeso y complemento a la abstracción de las ciencias teóricas y al pragmatismo técnico (García Amilburu, 2014).

c. El conocimiento de la Historia de la Filosofía, que pone en contacto con las diferentes respuestas que el ser humano ha formulado a los interrogantes últimos que se plantea, desde perspectivas teóricas e ideológicas muy diversas. (Amilburu, 2015, Pp. 8-9).

Tanto Fullat como Amilburu argumentan que la Filosofía de la Educación puede aportar herramientas interesantes, no únicamente al pedagogo, teórico de la educación, sino al docente, donde confluyen armónicamente teoría y práctica educativa.

El Docente es quien Reflexiona sobre Educación

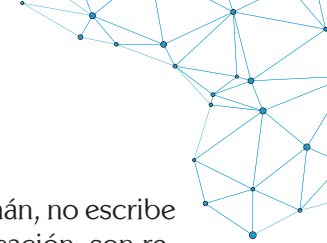
Ahora bien, el hecho educativo no es estático sino dinámico y versátil, por lo que, tomando en cuenta este aspecto, sería más propio llamarlo proceso educativo. Este proceso educativo es tan cambiante como son las sociedades a las que los modelos educativos actuales intentan responder. Estos cambios vertiginosos convierten al proceso educativo en problemático, pues deben adoptarse las metodologías y los contenidos, así como los perfiles del docente y del alumno a las exigencias de la sociedad. Por un lado, tórnese en cuenta a los educadores frente a grupo con su labor diaria, enfrentándose a las problemáticas propias de su labor y, por el otro, a aquellos pedagogos que reflexionan continuamente el proceso educativo.

Ambos proponen ajustes y modalidades que se adecuen a las nuevas y problemáticas cambiantes de las sociedades. En cierto sentido, hay que reconocer que la educación de hoy es el fruto de la reflexión de los maestros y pedagogos del pasado, que pensaron, reflexionaron, criticaron y propusieron alternativas al proceso educativo de su presente. Desde esta perspectiva, la tarea de reflexionar sobre el hecho educativo no es una ociosidad que olvide las acciones más urgentes de la educación. Lo urgente es pensar. Esta tarea reflexiva se hace cada vez más evidente sobre todo cuando la edu-

cación actual debe dar respuesta a una sociedad que camina a pasos agigantados. Donde los cambios sociales, culturales, políticos y tecnológicos son tan repentinos, el docente simplemente no puede escabullirse de la responsabilidad de revisar y reflexionar sobre su propio quehacer educativo para confrontarlo con las exigencias de las sociedades actuales, en vistas a una constante mejora. Tampoco puede desmarcarse de mantener una actitud de apertura y flexibilidad para criticar su propio proceder y quehacer educativo; pero también debe desarrollar un espíritu crítico, que descubra las posibles falacias e incoherencias de los sistemas educativos impuestos desde los estados. Ahora bien, esta actividad reflexiva no es exclusiva de una élite intelectual dispuesta a llevarla a cabo, sino que puede ser desarrollada por los propios docentes.

En este sentido, el docente debe mantener un diálogo permanente; diálogo con sus interlocutores, alumnos, padres de familia, autoridades, sociedad; pero también diálogo consigo mismos. Este aspecto dialógico de la educación es un aspecto esencial de la filosofía. García (2012) dice al respecto: “Si en su sentido más amplio identificamos la actividad filosófica con la ocupación del pensamiento y por otra parte tenemos en cuenta ese carácter esencial de diálogo -interno o externo- que hemos hallado en la raíz misma del pensar, advertimos entre la filosofía y la pedagogía.” (p. 23) Incluso cuando no hablo con nadie, el pensar se despliega en forma discursiva con otros y conmigo mismo. El yo se plantea preguntas, busca alternativas y se responde, aunque posteriormente las confronte con los demás. En este sentido, aducir a una relación entre la filosofía y la educación, no debería sonar extraño. El pensar va emparejado al acto educativo en ese sentido discursivo, dialógico y dialéctico. Sólo en el despliegue del pensar nos damos cuenta de que la educación debe perseguir los fines para los que fue creada, desde los que se gesta como una institución social.

La filosofía, desde sus orígenes, tiene un aspecto dialéctico, es decir, encuentro de visiones distintas, pero esas visiones se plantean en el diálogo. En este sentido, García (2012) comenta: “Pero el pensamiento es esencialmente contraste de visiones, y el diálogo, la dialéctica, constituye su indispen-



sable vehículo.” (p. 19) Por eso, el acto educativo se convierte en un espacio privilegiado para llevar a cabo el ejercicio del pensar, y no únicamente del pensar calculador sino del pensar meditativo, que surge del encuentro con el otro, con otros mundos y otras visiones. En el diálogo entre docente alumno éste deja de ser mero recipiente de ideas y se convierte en auténtico interlocutor del docente. Desde el alumno de preescolar hasta el alumno universitario, cada uno desde su historia y su contexto, es un interlocutor que dialoga conmigo como docente, y con el que puedo confrontar si mis ideas sobre lo que significa la educación, ser docente y ser alumno, pueden modificarse.

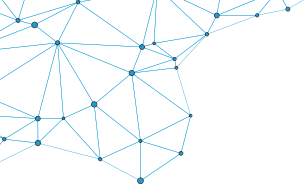
Así entiende ese ámbito dialógico en educación, por ejemplo, la maestra Roselia Vázquez cuando cuenta, en su narrativa escolar: “Esos rostros me han mostrado posibilidades de reflexión, pensar sobre lo que somos, pensar de otro modo la realidad a partir del encuentro con el otro. Sentir nuestra historia y hacernos cargo de la de los demás, eso es humanizarnos.” (VAZQUEZ, 2015, p.46) Una maestra de aula, frente a grupo, que cotidianamente vive con y para sus alumnos, descubre en su labor el quehacer filosófico, es decir, el arte de pensar en función del otro. La maestra entiende la educación como el encuentro con el otro, y en ese encuentro, con el rostro del otro, voy configurando el mío. En este sentido, en el diálogo y la reflexión de esas interacciones entiendo cada vez más el sentido de la educación, el sentido y las implicaciones de ser docente, y el sentido inmediato y trascendental de ser alumno. En ese descubrimiento nos volvemos más humanos. Esta reflexión personal, como un diálogo permanente conmigo mismo, es ciertamente complicada, pues mantener una actitud abierta y reflexiva es un constante reto para el docente que pretende ser un factor de cambio para su entorno y se toma seriamente su propia labor profesional. En este sentido es más difícil enseñar que aprender, pues el docente debe de pensar continuamente sobre sus propias metodologías y fines (propósitos u objetivos) para provocar efectivamente el conocimiento en sus educandos, es decir, dejar aprender al alumnado.

Es en este sentido en el que se refiere el siguiente texto de Martin Heidegger donde reflexiona brevemente sobre el hecho educativo. Si bien

Heidegger (1889-1976), filósofo alemán, no escribe propiamente una filosofía de la educación, son reveladoras las siguientes ideas dirigidas a esta temática. Al respecto Heidegger señala:

En efecto: enseñar es aún más difícil que aprender. Se sabe esto muy bien, pero pocas veces se lo tiene en cuenta. ¿Por qué es más difícil enseñar que aprender? No porque el maestro debe poseer un mayor caudal de conocimientos y tenerlos siempre a disposición. El enseñar es más difícil que aprender porque enseñar significa: dejar aprender. Más aún: el verdadero maestro no deja aprender nada más que “el aprender”. Por eso también su obrar produce a menudo la impresión de que propiamente no se aprende nada de él, si por “aprender” se entiende nada más que la obtención de conocimientos útiles. El maestro posee respecto de los aprendices como único privilegio el que tiene que aprender todavía mucho más que ellos, a saber: el dejar-aprender. El maestro debe ser capaz de ser más dócil que los aprendices. De ahí que, donde la relación entre maestro y aprendices sea la verdadera, nunca entra en juego la autoridad del sabihondo ni la influencia autoritaria de quien cumple una misión. De ahí que se siga siendo algo sublime el llegar a ser maestro, cosa enteramente distinta de ser un docente afamado. Es de creer que se debe a este objetivo sublime y su altura el que hoy en día, cuando todas las cosas se valorizan solamente hacia abajo y desde abajo, por ejemplo, desde el punto de vista solamente comercial, ya nadie quiera ser maestro. (Heidegger, 2005, pp. 21-22)

Estas breves palabras, (tomando en cuenta el corpus heideggeriano) aunque extensas (tomando en cuenta el contenido de la presente reflexión) recuerdan un aspecto importante en el proceso educativo, que todos saben, aunque continuamente se olvida: es más difícil enseñar que aprender; es decir, la labor docente es más complicada que la del alumno, aunque desde la perspectiva del alumno, es más complicado lo que le solicita el docente que haga, ya que implica sacar al alumno de su aparente estabilidad para entender el mundo desde otra perspectiva más amplia o para adquirir nuevas habilidades. Esta dificultad no estriba en la cantidad de conocimientos que debe tener el docente en comparación con sus alumnos, lo que se refiere a una educación medieval del Magister Magnus que



posee una cantidad enciclopédica de conocimientos que vierte en el alumno. No es la cantidad de conocimientos sino la destreza, habilidad y sensibilidad para permitir que el proceso educativo se desarrolle, es decir, dejar que el alumno aprenda, conozca y reflexione sobre lo que aprende, para que, posteriormente, pueda entender el modo como lo aprende, es decir, su propio proceso educativo y el mismo alumno pueda aprender por sí mismo de forma autónoma. Este pensamiento está en sintonía con la concepción socrática de la educación que Fullat (2000) expone: “Educar sócráticamente significa invitar a la verdad, invitar a la alétheia, al autodescubrimiento. En efecto, cabe tener siempre presente que no se trata aquí de que el educador llegue a la verdad, descubra el ser y lo transmita a los habitantes de la caverna -los educandos en nuestro caso-, sino de invitarlos a que, de la mano del educador pero de su propio pie, por ellos mismos, inicien la subida hacia la luz.” (p. 109). Desde esta perspectiva, la tarea del docente es más modesta, va más allá de la mera transmisión de conocimientos y se convierte en un acompañamiento existencial, donde le manifiesta al alumno nuevos horizontes y posibilidades, no sólo del mundo, sino, principalmente de sí mismo.

El hecho de dejar que el alumno aprenda es complicado pues el docente siempre corre el peligro de creer que ya lo sabe todo, que lo que en el presente posee le será efectivo en un futuro y que los alumnos que tuvo ayer serán los mismos que tendrá mañana, que las problemáticas a las que el alumno se enfrente hoy serán las mismas a las que los alumnos se enfrentarán mañana, etc. El docente corre constantemente el riesgo de pensar que ya no hay nada nuevo que aprender y nada qué reflexionar sobre su propia labor educativa. Este pensamiento no puede estar más alejado de la realidad, la labor educativa es complicada y retadora pues exige del docente una actitud que se le va constantemente de las manos, la de mantenerse abierto, es decir, dócil a la labor educativa en el sentido de permanecer alerta a los cambios, a veces sutiles, a veces aparatosos (por ejemplo: la pandemia por COVID.19 en 2020). Tomando en cuenta esta dificultad, que es más sutil que la de simplemente transmitir información novedosa a los alumnos, es comprensible afirmar que en la actualidad pocos quieren ser maestros. La docencia se ha demerita-

do en su valor y función social, pues el maestro es visto en la actualidad más como un burócrata que como un profesional de la educación; se ponen en duda su importancia, así como sus métodos y sus capacidades, pero la percepción social no es la que determina el valor del maestro, sino la disimulada actitud de permitir que el aprender se dé. Esta devaluación de la práctica docente no elimina esencialmente la dignidad de ser maestro, que es más amplia que repetir información. Efectivamente el docente debe ser más dócil a lo que lo impacta en su práctica educativa. No puede dejar de lado los problemas propios de su labor educativa y obliterarlos para entrar en una aparente armonía de su trabajo con el medio en el que se desarrolla. Este tipo de relaciones donde el maestro mantiene una actitud reflexiva y deja que el alumno aprenda, no es tan fácil de darse. Esto hace del fenómeno educativo problemático y, por tanto, reclama del docente mayor flexibilidad, lo que se manifestará en una constante reflexión personal sobre los objetivos, los métodos, los alcances y logros de su propia intervención.

Una Reflexión Filosófica: Los Fines Educativos

No sólo la figura del docente se ha debilitado actualmente sino, también, el discurso educativo. Se critica al docente como mero burócrata al servicio del estado, y a la escuela como el espacio en el que se reproduce el sistema estatal vigente. Ya no se tiene confianza ni en el maestro ni en la institución educativa, cuyos fines últimos son la socialización y la libertad; al menos eso se supone en teoría. Tanto la figura del docente como el mismo proceso educativo parece desértico, pues carece cada vez más de sentido; sin embargo “Precisamente cuando el desierto crece, como dijo Nietzsche y retomó Heidegger, precisamente en la época de la desertificación absoluta del discurso educativo, la ausencia de este discurso brilla como nunca, revelando la necesidad de preservar su existencia entre nosotros.” (Recalti, 2014, p. 26) Precisamente es en este momento que se hace indispensable retomar la actitud reflexiva en el ámbito educativo. Ciertamente no es momento de desestimar el alcance del proceso educativo, sino de replantearlo y repensarlo. En un sentido muy simple: reflexionarlo.



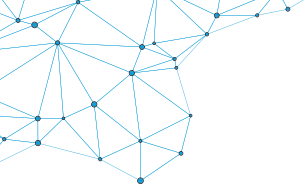
Ahora bien, si el docente ha de reflexionar su propia práctica significa que su labor no se limita al tiempo presente. No sólo debe tomar en cuenta las circunstancias actuales propias, del alumno y de la sociedad, sino la sociedad a la que el alumno deberá enfrentar cuando concluya su formación. Por este motivo, la educación debe ser teleológica, es decir, tender hacia fines presupuestos por la sociedad y que brotan del mismo proceso educativo. Pero plantear fines educacionales es proyectar el hecho educativo hacia el futuro, pues se supone que los fines de la educación no se verifican en el presente, pero han de ser motivados, descubiertos y trabajados para el futuro. En este sentido: “La escuela, según la opinión general, es el lugar donde todo individuo debe recibir la iniciación para una vida organizada.” (López, 2011, p.11) Por tanto, uno de los fines generales de la educación es la formación encaminada a la socialización del alumno, es decir, introducir al alumno a los modos y formas que la sociedad organizada ha considerado valiosos y a los que el alumno formado ha de responder. Otro fin, más noble y elevado es la libertad. Fullat (2000) complementa y afirma que “se dan dos modalidades de procesos educacionales: aquellos que insertan en una sociedad -los más corrientes- y aquellos otros que liberan, en parte cuando menos, a los educandos, del constreñimiento de su sociedad -los procesos más raros-.” (p.18). El alumno ha de ser educado para ser libre, es decir, dueño de sus propias decisiones. Fullat entiende a la libertad como “la autodisponibilidad del ciudadano, el hecho gracias al cual éste es para sí mismo y no en vista de otro.” (Fullat, 2000, p. 18). Estos fines obedecen a la esencia humana, por lo que serán interpretados y aplicados según se interpreten estos aspectos educativos. “Los dos conceptos (formación, libertad) son considerados complementarios en la programación escolar en general. Sin embargo, también pueden ser asimétricos: la formación puede no llevar a un concepto de libertad correspondiente a los lineamientos y previsiones escolares.” (López, 2011, p.12) Efectivamente Fullat (2000) reitera: “Se profieren actualmente muchos discursos en torno a la educación de la libertad; sospechamos, empero, que se trata de habladurías en la mayoría de casos, por la sencilla razón de que muchos que hablan y escriben así no creen en la libertad, sino exclusivamente en la necesidad -dialéctica o mecánica- de la materia.” (p. 112). Efecti-

vamente, las empresas que gobiernan el mercado, ávidas de ganancias productivas, ven al hombre desde su dimensión puramente económica, es decir, material, olvidándose de que el hombre es un ser multidimensional, cuyos problemas no se circunscriben al ámbito material. El hombre no es estático y quizá por ello, la educación tampoco lo sea. Al respecto, Fullat asevera:

El hombre es un ente que nunca ha cumplido del todo. Hállase en constante tensión de cumplimiento hasta alcanzar la muerte. Si el hombre es “deber ser” se debe a que antes es “poder-ser”, es perfectibilidad, es libertad. Cuando el educador se vierte a su tarea no puede, por tanto, perderse en proporcionar un acopio instructivo de noticias al educando; tiene que despertarle el “deber ser”, la libertad. (Fullat, 2000, p. 110) Si el alumno es poder-ser, posibilidad-de-ser, más que mero ser (hecho y acabado) es porque el hombre en general es en esencia este poder-ser, es decir, el hombre es posibilidad. No está determinado por sus circunstancias, biológicas, sociales o culturales, sino que tiene la capacidad de moldear sus circunstancias y construir un mejor futuro. De esta esencia dinámica del alumno debe hacerle consciente el docente. De este modo, el docente tiene la enorme y noble tarea de mantener una actitud reflexiva no sólo para su crecimiento personal y profesional, sino para que el alumno descubra en sí mismo las potencialidades más sublimes de su ser y las desarrolle para crear mejores condiciones de vida. Manifestar al hombre como posibilidad es apelar a su propia libertad y apelar a la libertad como un fin educativo es indispensable para proyectar la educación al futuro, pues si se olvida este rasgo esencial del ser humano, el hecho educativo determina los procesos educativos y da acceso a la educación sólo a unos cuantos que se acomodan a las formas de socialización actuales.

Ahora bien, esta actitud abierta y reflexiva del docente implica mantener una postura siempre crítica respecto de las condiciones presentes. Esta actitud provoca un pensamiento de lo posible que aún no se da en las condiciones presentes. Octavi Fullat llama a este pensamiento educativo utópico y lo describe en los siguientes términos:

...la utopía nace de lo imaginario colectivo en



su función productora de lo posible. Tal función se ejerce en dos rumbos casi opuestos: función productora sensata y función productora patológica o insensata. Se dan utopías sanas y utopías enfermizas; las primeras con ser utópicas no han roto con la historia ni con todas las metodologías; las segundas han cortado todo contacto con la realidad histórica, prescinden de todo método y juegan al caótico todo o nada. La utopía sensata opera en dos momentos: en el primero niega “lo que hay”; en el segundo crea “lo posible”. (Fullat, 1984, p.100) Efectivamente el docente tiene una tarea importante en el aspecto de hacer una reflexión desde varias perspectivas: de las posibilidades propias de sus alumnos, de su contexto, del modelo educativo al que ha de responder y de su interpretación personal al respecto de los dos anteriores. El docente no puede convertirse en mero repetidor de fórmulas anquilosadas de lo que ha escuchado que puede hacer, sino que ha de mantener una actitud reflexiva con una visión a futuro, a fin de mejorar continuamente su propia práctica educativa, para que vaya encaminada cada vez de una mejor manera a los fines más llevados de la educación, que son la socialización y la libertad. Pero, mantener una actitud reflexiva y abierta creadora de lo posible exige al docente conocer su propio entorno, sociedad y modelo educativo que debe implementar, así como una larga tradición de pedagogos que se tomaron en serio su labor docente y aportaron ideas para comprender de mejor manera el hecho educativo. El docente, por tanto, debe ser un conocedor de su propia tradición para no romper totalmente con ella, sino que propiciar el cambio a partir de ella en vistas al futuro. Sólo en esta dinámica que conoce el pasado, las teorías estáticas y, al mismo tiempo, se mantiene en una actitud abierta, crítica, propositiva, a la escucha de sus propias circunstancias, se manifiesta la fecundidad de la reflexión filosófica en el ámbito educativo. Sólo cuando el docente explora los límites de su tarea, encuentra el horizonte de su propia posibilidad. En este sentido, lo imposible que impone la realidad es el sitio donde se vislumbra la posibilidad de su labor, siempre a partir del diálogo constante, consigo mismo, con su entorno y específicamente con sus alumnos. En este sentido, Recalti (2014) enuncia: “Lo imposible es un nombre del encuentro traumático con el límite que la experiencia del lenguaje hace posible.” (p. 27).

Conclusiones

Alrededor de las ideas esbozadas anteriormente, se considera pertinente enfatizar la actitud reflexiva del docente. De este modo puede decirse que todo educador, en cierto modo, debe ser filósofo de la educación, en el sentido de pensar y repensar, reflexionar y meditar su propia labor a fin de mejorarla. Esa crítica debe hacerse en función de las posibilidades que impone el sistema educativo estatal, así como la realidad concreta en la que el proceso educativo se desarrolla. El docente debe ser un visionario agudo de la realidad que sepa descubrir y describir las características propias de sus alumnos y de su entorno para saber cómo apoyar efectivamente a los alumnos en su proceso educativo. Pero también, el docente debe ser conocedor de una tradición pedagógica que lo recibe en la historia de la educación como un agente educativo. Estas características harán del docente cada vez más profesional y capaz de transformar sus entornos. Como conclusión, la actitud reflexiva el docente debe ser asumida y promovida sobre todo hoy en día donde la utilidad y la efectividad demandan más acciones que pensamiento. Es urgente pensar el hecho educativo. Mantener esta actitud es ciertamente complicado, por eso no ha de dejarse de lado la sencilla y sutil reflexión del hecho de que es más difícil enseñar que aprender y el docente debe ser muy consciente de eso.

Esta crisis debería ponernos a pensar qué es educación y qué es educar. Qué es aquello insoslayable en la educación, aquello de lo que no se puede prescindir. ¿Puede dejarse todo en manos de la tecnología para asumir que la presencia del docente y del alumno son prescindibles en el fenómeno educativo?

No se trata de criticar a ultranza las nuevas metodologías y modalidades educativas, sino pensarlas cabalmente para anclarlas en una comprensión más humana de la educación. Una educación que se abra paso a la liberación de los alumnos, más allá de la formación y socialización. Pensar el proceso educativo es calibrar la posibilidad del mismo.

Referencias

- Amilburu, M. G. (2005), Filosofía de la Educación, https://www.researchgate.net/publication/283727139_Voz_Filosofia_de_la_Educacion Fecha de consulta: 17 de septiembre de 2020.
- Fullat, O. (1984) Verdades y Trampas de la Pedagogía, Ediciones CEAC, Barcelona.
- FULLAT, Octavi, (2000) Filosofías de la Educación, Síntesis, Madrid.
- Fullat, O. (2000) Filosofías de la Educación, Síntesis, Madrid.
- García Morente, M (2012) Símbolos del Pensador, Filosofía y Pedagogía. Seguido de un Ensayo de Juan José García Norro, Encuentro, Madrid.
- López García, F. M.I (2011) La auténtica libertad. Aproximación al pensamiento de Henry David Thoeau, Iván Illich y Paulo Freire desde la Teoría Crítica, Universidad de Guanajauto, Guanajuato.
- Heidegger, M. (2005) ¿Qué significa pensar?, Terramar Ediciones, Buenos Aires. MEDINA, R. (2001) La educación, objeto de reflexión científica, en VV.AA., Teoría de la Educación, UNED, Madrid. MOORE, T.W. (1999) Introducción a la Filosofía de la Educación, Trillas, México.
- Quintana, J.M. (1995) Teoría de la Educación. Concepción antinómica de la educación, Dykinson, Madrid.
- Recalti, M. (2014) La hora de clase. Por una enseñanza erótica de la clase, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Tunnermann B. Carlos, (2008) Panorama General sobre la Filosofía de la Educación, Editorial Hispamer, Nicaragua.
- Vázquez Zárate, R. (2015) Reconocer mi rostro, es reconocer el de los otros, encarnar una educación humanizada, en Hernández Morgan Adán. Educación y Narrativa. Voces y vivencias de los profesores de Chiapas y Oaxaca, El colectivo 43X43. Manifiesto Político Educativo, Chiapas

